

Epoca II. Año III

Alayor 28 Junio de 1913

Núm 143



Cruz y Espada

Publicación Semanal

Redacción y Administración:
Reina, 33.

Suscripción 0'15 ptas. al mes
Num. suelto 0'05 ptas.

La enseñanza de la Historia.

Si oímos hablar a los *conscientes* como a sí mismos se denominan los panegiristas de Ferrer y su semana trágica y los protectores de los asesinos de Cullera, en los años transcurridos desde que en España se implantó la república, hemos adelantado muchísimo, pues no somos ya lo que éramos aún en 1873.

Y es indudable que si confundiendo los términos llamamos adelante al retroceso, no cabe duda que los *conscientes* han ido en aumento de manera considerable de entonces acá, puesto que los que así se denominan, ni sienten, ni piensan, ni quieren, ni obran con cabal conocimiento y plena posesión de sí mismos, sino influidos por torpes educadores que piensan por ellos y les impulsan a ejer-

cer actos vandálicos dignos de execración y vituperio.

¡Cómo han de ser *conscientes* los que de hombres se tornan en fieras salvajes a impulsos de enseñanzas negativas!

Si aun los mismos gobernantes que toleran tales doctrinas, que amparan tales escuelas no son *conscientes*, ¿cómo han de serlo quienes de esos centros salen, quienes tales lecciones aprenden?

Viéndose está cómo los *conscientes* portugueses van dando cuenta de su nación y cómo los *conscientes* españoles ponen la suya a los pies del extranjero, demostrando plenamente que si un día llegase a triunfar, aquel triunfo de ellos sería la derrota de todo lo más santo.

Dos años antes de la revolución de Septiembre, en 1867 y 1868 ingresaron en caja 37.000 y 39.000 quintos respectivamente, y domi-

nando la república, se sacaron 45.000 en 1873 y 98.000 en 1804.

Y éstos eran los que iban a acabar con las quintas.

El 16 de Diciembre de 1873, decía el republicano Roque Barcia al «gobierno centralista que si en el término de veinticuatro horas no suspende el bombardeo que está asesinando a un pueblo inocente *en nuestros castillos, en nuestros baluartes, en nuestros buques enarbolarémos la bandera angloamericana,*» y con la misma fecha se dirigía al embajador de aquella república, pidiéndole autorización para ello.

Y estos eran los patriotas encargados de salvar a España.

Entre ellos hubo un don Antonio Orense que decía: «Esos pueblos republicanos tienen abiertas las aduanas; esos pueblos tan republicanos están protegiendo a los contrabandistas; y mientras tanto el País no tiene rentas. Esto es un robo, y a los ladrones toda la sociedad los rechaza».

¡Los que iban a depurar la administración!

Por algo Días Quintero aseguraba a sus correligionarios que tenía «todos los vicios de la monarquía inoculados en la sangre, sin tener las virtudes de aquéllas.»

Y por su parte Salmerón, el austero Salmerón, decía: «El torpe espectáculo que desde el 11 de Febrero venimos ofreciendo al mundo, ha producido una reacción que amaga, no ya la existencia de lo que hoy es una República, más en el nombre que en la realidad de las cosas; pero hasta la existencia de las mismas instituciones liberales».

En la sesión del 10 de Febrero de 1873, el revolucionario Ruiz Zorrilla se expresaba así: «Yo creo señores senadores y diputados que no puedo, que no debo, que aunque debiera y pudiera *no quiero ser republicano*».

Pí y Margall decía: «Nosotros, con unas Cortes casi unánimes, donde las oposiciones apenas tienen una representación formal; nosotros, con unas Cortes compuestas de republicanos que apenas discutíamos sobre los principios en que debía descansar la Federación, *nos retiramos después de cuatro meses sin haber ni siquiera discutido en su totalidad el proyecto constitucional*».

Castelar afirmaba lo siguiente: «Señores: una asamblea que consume una mañana entera en estas personalidades, una asamblea

que consume una mañana en desgarrarse de esta suerte mientras el enemigo avanza, mientras el incendio la rodea, mientras el absolutismo tiene el apoyo de Europa; una asamblea que así procede, si no cambia de conducta, está irremisiblemente condenada a perecer hoy y a tener mañana la reprobación universal».

¿No dijo Pí y Margall que sus sucesores ametrallaron pueblos, bombardearon ciudades, desarmaron milicias, persiguieron y prendieron hasta por sospecha, y dejaron que un general quitase y pusiese ayuntamientos a su antojo estableciendo por donde quiera que pasase una verdadera tiranía?

¿No hicieron resaltar Orense, Pí y Margall y otros la indisciplina que reinaba en el Ejército y las gracias, los ascensos y grados que se repartían a diestro y siniestro, sin méritos de ninguna clase?

Pues si de entonces acá hemos adelantado tanto como se ve, y se presiente, dígasenos adonde iríamos a parar si los inconscientes revolucionarios de hoy llegasen

un día aciago a ocupar el poder, y dígasenos si acariciándolos y concediéndoles beligerancia se gobierna la nación debidamente.

Patrón de la semana

Stos. Casto y Secundino, mártires

Los admirables prodigios que Dios se dignó realizar por medio de los Santos Casto y Secundino para confirmación del Cristianismo, cuando Diocleciano organizó contra la Iglesia una de las sangrientas persecuciones, hicieron célebre la memoria de estos ilustres mártires. Quejáronse los sacerdotes gentiles al Emperador Diocleciano por la disminución del culto de sus dioses originada por lo multitud de idólatras que se convertían diariamente a Jesucristo, por lo que dió orden el presidente de Campania, llamado Curbo, para que inmediatamente fueran reducidos a prisión Casto y Secundino. Tan pronto como los tuvo a su presencia, les intimó a que adorasen los ídolos o se dispusiesen a morir. Los santos le respondieron con valentía, que siendo hijos de Dios verdadero, no podían cometer la vileza de adorar falsos dioses. Irritado el tirano con tal respuesta, mandó encerrarles en

una oscura prisión, y viéndolos inflexibles los mandó arrojar a las fieras, los que se postraron a sus pies, prodigio que motivó la conversión de multitud de paganos. Irritado el presidente, mandó que de nuevo se les condujese ante los ídolos, pero los Santos habiendo implorado el divino auxilio, lograron que se hundiera el templo pagano, quedando allí sepultados el tirano y los demás que contribuyeron a la muerte de tantos ilustres confesores. Irritados los gentiles por las desgracias ocurridas decapitaron a Casto y Secundino, efectuándose este martirio el día 1.º de Julio del año 306.

A SAN PEDRO

Príncipe de la Iglesia militante
Piedra viva en que Cristo la ha fundado,
Pastor, a quien encarga su ganado
Como el más valeroso y vigilante.

Clavero celestial, mártir constante
Humilde hasta en ser crucificado
Tesorero divino, a quien ha dado
De vicario de Dios, poder bastante.

A todos en la fé te aventajaste,
Y en público primero a quien seguiste
Por Hijo de Dios vivo confesaste.

El mayor de los doce siempre fuiste,
Y por el raro extremo con que amaste
El imperio del mundo mereciste.

fr. Dablo Dadilla.

TRES RECORTES

Lo que hace Francia.

Leo en un periódico francés:

De acuerdo con el Gobierno, la compañía francesa de ferrocarriles P. L. M., ha puesto un vagón especial de Roma a París, a disposición del cardenal Vannuteli, legado de Su Santidad en el centenario de Ozanam.

M. Masure, secretario general de la mencionada compañía, ha estado en Roma con tal objeto, y con el ha regresado a París.

Lo que hace Inglaterra.

Leo en un periódico inglés:

El Cardenal Ferrata, legado del Santo Padre en el Congreso Eucarístico de Malta, ha hecho el viaje de Sicarusa a dicha ciudad, en el crucero inglés *Hussar*, cedido espléndidamente por el Gobierno.

Lo que hace España.

Revolviendo los papeles de mi cartera de apuntes, tropiezo con

el siguiente recorte, publicado hace algunos meses en *La Gaceta del Norte*:

«Cuando se elevó a dignidad episcopal el Vicario Apostólico de Marruecos, todas las naciones interesadas influyeron para que el sumo Pontífice nombrase a un religioso de la respectiva nacionalidad para ocupar el cargo.

Prometieron rodear a la persona elegida de todo el prestigio correspondiente y levantar suntuosa Catedral; pero el Papa, fiel a España, designó a un fraile español, al virtuoso P. Cervera. Nuestro Gobierno no debió agradecer tal distinción, pues nada hizo, ni ha hecho para rodear al señor Obispo de Fessea de la respetabilidad aneja a su elevada categoría. ¡El Obispo de Marruecos cobra del Gobierno Español diez reales diarios!

Recientemente ha tenido que hacer un viaje y suplicó al comandante de un cañonero español, surto en aguas de Tánger, que le admitiese a su bordo.

El comandante no se atrevió por sí a decidir y telegrafió al gobierno en consulta. Pasaron dos o tres días y la contestación no he-

gaba. Enterado de lo que sucedía un comandante de un crucero francés, anclado en la bahía de Tánger, se apresuró a visitar al P. Cervera, ofreciéndole, en nombre de la República francesa, un magnífico barco. El P. Cervera, aceptó reconocido, siendo recibido a bordo con todos los honores de su alta jerarquía».

¿Comentarios? ¿Para qué hacerlos? Todos sabemos de que pié cojean nuestros gobernantes y sobre todo el Sr. Presidente.

EL PROGRESO

I

Ha tomado el enemigo del linaje humano por consigna las palabras *progreso*, *civilización*, para llevar a cabo su pertinaz e inicua persecución contra las enseñanzas del catolicismo.

Y este procedimiento que obedece a la más refinada maldicia es bien recibido algunas veces de las masas populares que creen, a causa de sus pocos o ningunos estudios, y de las muchas y constantes instigaciones de quienes abusan de su buena fe, que en efecto

la Iglesia con su doctrina sirve de obstáculo al desarrollo y progreso de los pueblos.

Y este error hay que desvanecerlo. Es un deber que incumbe a todos los católicos, ya porque como hijos de la Iglesia están obligados a defender a su Madre cuando se pretende mancillar su honor, ya porque de este error se sigue el verdadero retroceso del progreso de las naciones, el trabajar cuanto se puede para el engrandecimiento de las mismas, cada cual en la suya.

Naturalmente que hay que distinguir entre la verdadera y falsa civilización. Y no negaremos nosotros que contra el desarrollo de esta última esté el obstáculo de la Iglesia.

Pero esto lejos de constituir una nota o cualidad degradante para la Iglesia, es para ella un timbre de gloria como no pueden menos de reconocerlo quienes no tienen ofuscada la razón por las pasiones.

En verdad que se habla hoy mucho de progreso y que se dice que vamos progresando pero no lo es menos que este progreso cacareado y que está en el remate de las banderas republicana, socialista y liberal no es más que una farsa: es el ídolo ante el cual dobla la cerviz

y las rodillas la estulticia de quienes engreídos en su satánica soberbia niegan a su Dios y Señor.

El verdadero progreso, el progreso propio de la verdadera civilización que hace grandes a los pueblos está basado en la verdad y en el amor.

La antítesis, o sea la mentira y el odio; es la base de la otra civilización; por esto es que para llevar a cabo sus planes nacidos al calor del odio los apuntala con la mentira de que los tiempos lo reclaman la opinión lo pide, la contradicción lo exige, la paz y la tranquilidad lo necesitan.

Y estas mismas razones que mentan son la confirmación de la farsa del progreso que defienden, porque lo que los tiempos reclaman es lo que cabalmente se les niega, la opinión calla, la contradicción no existe, y lo que la paz y tranquilidad necesitan es que no se las perturben como pasa cuando se hollan los derechos de los demás.

«Quién osará negar que la Iglesia (decimos con León XIII) difundió entre las naciones el Evangelio, llevó la luz de la verdad al seno de los pueblos bárbaros y supersticiosos, y los guió al conoci-

miento del Creador divino y a la consideración de si mismos; que ella fué la que, aboliendo la esclavitud, reclamó para el hombre la dignidad primitiva de su naturaleza; ella la que, desplegando por todo el mundo el estandarte de la redención, introdujo o protegió las ciencias y las artes; fundó o acogió bajo su protección los institutos de caridad destinados al alivio de cualquier trabajo; ennoblecó el género humano en la sociedad y en la familia; le sacó de la oscuridad y con toda diligencia le organizó conforme a su dignidad y a los destinos de su naturaleza? ¡Oh! Si se comparase la edad presente, tan hostil a la Religión y a la Iglesia de Cristo con aquellos tiempos afortunados en los que la Iglesia se veneraba como madre, se descubriría inmediatamente que esta nuestra edad, toda de convulsión y ruinas, corre derecha al precipicio y que, por el contrario, en aquellos días florecieron tanto más los pueblos por sus inmejorables instituciones por su vida tranquila, por su riqueza y por todo género de bienes cuanto más obedientes se mostraron al régimen y leyes de la Iglesia. Si por lo tanto, estos cuantio-

sísimos bienes, que ahora recordamos se derivaron del ministerio y benéfico influjo de la Iglesia, son fruto y esplendor de la civilización verdadera, está muy lejos la Iglesia de excluirla y atacarla, y debe, por tanto, tenérsela justamente por su nodriza, madre y maestra.»

HACIA DONDE VAMOS

¿No es cierto que después de la última votación habida en el Senado en la que un grupo de exministros liberales alzaron bandera en frente de Romanones, este debía presentar dimisión? Pues no la ha presentado, según los informes.

¿No es verdad, que no presentándola él y sí sus ministros, parece que Romanones no podía dar ni un paso? Pues, lo dá y al escribir estas líneas esperamos ver a Romanones en el banco azul todo el verano, con las Cortes cerradas para mayor tranquilidad.

Es evidente que las cosas no marchan de conformidad con lo que hasta aquí se llamó normal funcionamiento de los partidos de turno de la Restauración; y no nece-

sitamos advertir que las anormalidades de función acusan desperfectos en el organismo.

Estamos mal, podemos decir ahora, sin que la frase tenga su acostumbrada banalidad.

Estamos mal, y la persistencia inverosímil de Romanones en el poder, a pesar de las sórdidas colaboraciones; y el veto personal a Maura y a lo que se llama derecha conservadora; y el ingreso y aproximación de los republicanos a la monarquía; y cien otras cosas más, nos hacen temer desenlaces muy tristes para la honda crisis que está pasando la nación.

No queremos actuar de augures de lo negro, porque es tarea difícil y nada agradable por otra parte.

Solo recordaremos, por si el recuerdo fuera de alguna actualidad, que entre los precedentes políticos de la marcha de Isabel II cuenta la historia la destrucción o anulación del entonces llamado partido moderado con su primer hombre González Bravo.

La historia se repite, y bien pudiera acontecer que a la anulación—por otra parte muy lógica—del partido conservador, siguieran acontecimientos que no queremos ni

apuntar, porque el lector ha de adivinarlos.

Alguien podrá creer—y en que así sea se empeñan los diarios ultrademocráticos—que este simulacro de aproximación de los republicanos a la monarquía, y el adaptarse esta a todo avance democrático, constituyen su mejor y más sólido afianzamiento en la opinión; pero, se nos antoja esta una de tantas maquiavélicas jugadas del masonismo, interesado desde algún siglo atrás, en tener aherrojada a España bajo la tiranía del sectarismo; cuyo medio, perseguido aquí, es el establecimiento de la república.

Lo que le está aconteciendo a España, dentro del cuadro de la historia universal contemporánea, puede calificarse de venganza de la Europa anticristiana contra la España del Siglo XVI.

Y la venganza tememos que ha de consumarse pronto.

No se perdona ni el menor resto de catolicismo.

Se quiere acabar con España católica, porque es equivalente de España fuerte y poderosa.

PLINIO.